

***EN LA
FRONTERA***



El universo finito e ilimitado es demasiado grande todavía para el hombre del siglo xx, que a pesar de haber visitado la luna y, casi, Marte, cuando reflexiona se siente perdido, solitario y mortal. Si se plantea las preguntas primordiales acerca del origen, el fin y el sentido de todo lo que hay, o su papel en la escena sideral, ya no se siente rey ni centro de un cosmos.

Quedan lejos los tiempos en los que las respuestas tradicionales le daban seguridad. Sabe de su precario existir y del progreso ilimitado de las ciencias y la técnica, pero se siente perplejo entre la esperanza de la superación de los males de la humanidad que de ellas le viene, y la amenaza de que sus efectos perversos añadan a los males ya existentes otros nuevos.

De ahí surgen dos actitudes contradictorias con un único origen: la *fuga mundi*, la huida de una realidad insatisfactoria. Huida hacia delante, al futuro con sus imperativos: superación de lo dado como caduco, potenciación del deseo hasta el vértigo, rechazo de todo fundamento definitivo como atadura inaceptable... realidad virtual, manipulación genética, progreso material, con frecuencia impulsados por la ansiedad. Huida hacia atrás, hacia el paraíso perdido y las seguridades imposibles, añoranza de referencias estáticas y de fronteras fijadas definitivamente... de ahí la búsqueda de experiencias religiosas espiritualistas o francamente espiritistas y mágicas, las místicas de la madre tierra o de la madre naturaleza de ciertos ecologismos, o la astrología como pretensión de controlar la fortuna variable que nos acecha, etc.

Salimos al paso, apresuradamente, de estas calenturientas escapadas proponiendo la aceptación de la condición humana y de una esperanza razonable y afirmando, desde una razón cálida, el papel de la ciencia en la vida de la humanidad, en cuya historia se encuentra el rastro de los esfuerzos por desvelar los secretos del universo, de la vida y el sentido de ambos. La filosofía y las ciencias, pese a sus miserias, han ofrecido caminos de conocimiento, no exentos de peligros de extravío y de esfuerzos, pero mucho más seguros que las especulaciones infundadas. La ciencia se equivoca pero el error se subsana con más ciencia, no con menos.

En este contexto, I. Murillo señala la enorme capacidad cognoscitiva de la ciencia y su limitación, sus grandes éxitos al contestar preguntas penúltimas y fenoménicas, el modo en que suceden las cosas, cómo es el mundo, y sus respuestas insuficientes a las preguntas últimas y radicales: qué es el mundo, por qué es así y no de otra manera, de dónde ha venido y a dónde va. Esto no está a su alcance aunque, con frecuencia, haya pretendido decir la última y definitiva palabra. Superado el determinismo materialista, el problema metafísico queda intacto y abierto, y sólo dos explicaciones del orden de la naturaleza son po-

sibles: el azar y el proyecto trascendente. Que sean las únicas posibles no significa que sean igualmente probables para el autor, que argumenta por qué es mucho más probable y verosímil que el cosmos sea el fruto del proyecto trascendente de una realidad misteriosa que llamamos Dios.

J. L. Briz reflexiona sobre la realidad virtual y muestra cómo las creaciones imaginarias del hombre son capaces de interferir y transformar lo real. La frontera entre lo real y lo imaginario se desdibuja. El paraíso puede ser un lugar imaginario que se viva como en un sueño, pero éste puede llegar a ser una pesadilla si, en lugar de incorporar el mundo virtual al dominio de la persona, ésta queda absorbida por aquél.

J. Júdez tira del hilo de la vida para desenrollar el ovillo clónico.

Hasta hace muy poco ha existido una frontera neta entre lo natural y lo artificial, pero la interferencia del hombre en los procesos naturales está a punto de abolir la frontera de la vida que parecía separar la división del trabajo entre el hombre y Dios: nuevas especies, modificación de la naturaleza íntima de los seres creados, posibilidad de controlar la evolución biológica, grandes promesas médicas, nacimiento de una ingeniería y una industria de la vida, capitalismo genético, etc. La conclusión más importante es resaltar una cara de la gen-ÉTICA.

J. M. Domínguez reflexiona sobre las cambiantes fronteras religiosas del mundo secularizado y post-moderno, destacando la paradójica convivencia de la fragmentación, el subjetivismo y la secularización con la mística de las masas, los ídolos populares y la ritualización de la vida.

A. Domingo analiza una ecología que ha abolido las fronteras entre las especies, haciendo tabla rasa de los saltos cualitativos entre las especies animales y dejando, en consecuencia, la dignidad del hombre supeditada a una especie de socialismo ecológico que igualaría al hombre a los animales eliminando cualquier posible jerarquía.

A. Fernández-Rañada plantea varias cuestiones abiertas, tales como el carácter limitado del progreso, el hipotético conocimiento completo, acabado y definitivo del ideal laplaciano, los diversos diálogos de la ciencia con la filosofía, la fe y la teología, la exigencia ética...

Por último, A. Simón reseña un libro publicado por el I. E. Mounier con especial cariño por tratarse de un autor como J. L. Ruiz de la Peña, tan querido y admirado por nosotros. A los dos años de cruzar la frontera última de la muerte, los escritos inéditos de este texto son actos de magisterio vivo de un teólogo profundo y riguroso, y un diálogo de altura sobre los temas fronterizos donde la ciencia se encuentra con el último velo que cubre el fundamento de lo real.